

Devi Anasuya, la madre de los dioses

Versión de Ami Bansal

En las profundidades del bosque esmeralda de Chitrakuta en la India, entre el chapotear de las cascadas y el gorgoteo del río Mandaki, el venerable sabio Atri y la gran yoguini Anasuya habían establecido su áshram. Era una morada celestial en la Tierra. Las aves se reunían en las ramas de los árboles cercanos para escuchar la impartición de los secretos del *Brahmajnana*, el conocimiento de Brahman, el Absoluto. El bosque palpitaba con las vibraciones de himnos ancestrales y la resonancia del sonido primordial.

Sabio Atri era uno de los *saptarshi*, los siete sabios patriarcas de la tradición védica. Vidente del Rig Veda, él era brillante, bondadoso, y dedicado a enaltecer a la humanidad.

Su esposa, Devi Anasuya, era una *tapasvini*. Llevaba una vida de ascetismo y autodisciplina, y era la encarnación de la sabiduría védica: sus pensamientos, palabras y acciones eran una expresión natural de las enseñanzas de las escrituras. En carácter y comportamiento, reflejaba el significado de su nombre. *Anasuya* significa “libre de toda envidia, amargura u odio hacia alguien”. Estar en su compañía era como sentarse cerca de un lago puro y plácido; lo único que una persona veía en su presencia era una clara visión de su propio Ser.

El áshram de Sabio Atri y Devi Anasuya era renombrado en toda la India. Era conocido que sus estudiantes eran seres humanos responsables, sabios y bondadosos que conferían respeto a todos y a todo con lo que se cruzaban, y que cuidaban profundamente este planeta azul consciente. Todos, desde campesinos a brahmines y de mercaderes a emperadores, querían que sus hijos fueran a Chitrakuta. Y las madres de estos niños de ocho a diez años sabían que Devi Anasuya daría a sus hijos amor y afecto como si fueran de ella.

Muchas veces, para el bienestar de la humanidad, Sabio Atri permanecía absorto en profunda meditación durante años. Gran parte de la enseñanza y del

trabajo del áshram era, por tanto, dirigido por Devi Anasuya. Era su presencia la que imbuía al áshram de alegría y de una profunda sensación de paz. Su atención y amor eran la fuerza vital del áshram. Ella se aseguraba de que los estudiantes fueran procurados, que todo visitante fuera alimentado, que los árboles florecieran y que los animales fueran cuidados. Bajo su crianza, los estudiantes de Sabio Atri florecían: su cuerpo se volvía saludable, su mente estable y centrada, y su anhelo por el conocimiento del Absoluto se fortalecía. Por medio del poder de su amor maternal, estos *brahmacharin* —los estudiantes del sendero para lograr el conocimiento de Brahman— estaban abiertos y receptivos hacia aun el conocimiento más sutil de los Vedas que surgiera en su interior.

Un día, mientras el gran sabio meditaba en Brahman, a través del *pranayama* su mente se centró en el corazón, y en un estado de total desapego surgió de su interior una plegaria: *Que el Señor supremo del universo, a quien adoro y en quien he tomado refugio, esté complacido. Que el Absoluto bendiga mi vida al tomar forma humana y convertirse en mi hijo.*

Al abrir los ojos vio a su esposa, Devi Anasuya. Ella acababa de entrar a la habitación para llevarle algunas frutas y agua, y lo observaba con una sonrisa de complicidad en su rostro. La plegaria que había surgido dentro de él también era el profundo anhelo de ella: ser madre del Señor supremo.

El sabio sabía que para que el Absoluto, Brahman, encarnara como su hijo, necesitaba ofrecer penitencia. Conversó el tema con su esposa.

—Yo cuidaré del áshram y ofreceré mis plegarias para apoyar tu penitencia — dijo Devi Anasuya.

Con la avenencia de Devi Anasuya, Sabio Atri viajó a las onduladas montañas verdes de Vindhya-chala para realizar austeridades. Ahí, en un imponente acantilado, a la sombra de un grandioso y señorial árbol de baniano, el sabio se volvió hacia el este y empezó a meditar en la Conciencia suprema. Teniendo como testigos al sol naciente y a la luna poniente, el sabio meditaba día tras día,

parado en una pierna y comiendo solamente aire. Pasaron los meses y luego los años. Hubo lluvias y tormentas. Arbustos y enredaderas crecieron alrededor del sabio. No obstante, nada lo perturbaba. Los animales de las inmediaciones — ardillas, venados y otros similares — escuchaban resonar con *AUM* cada una de sus inhalaciones y exhalaciones.

Un día, luego de muchas décadas, una luz brillante empezó a surgir del ser de Sabio Atri. La luz era de color blanco-dorado y vibraba, y se hacía más grande y más brillante, expandiéndose hacia el horizonte, arrojando su luz en cada planta y en cada creatura que cruzara su camino. La plegaria que había sido concebida en la cueva del corazón de Devi Anasuya y de Sabio Atri parecía estar tomando una forma manifiesta a través de esta luz. Sin embargo, ¿de quién era la plegaria, de quién era el deseo realmente?

Finalmente, la luz que emanaba del ser de Sabio Atri emergió con fuerza desde su corazón y alcanzó los cielos.

El Señor Brahma, que estaba sentado en su loto y sostenía los cuatro Vedas, alzó la mirada mientras rayos de esta luz entraban a su morada, coloreando los pétalos del loto con un brillo resplandeciente.

En otro lugar del *ksheera sagar*, el océano lácteo de la Conciencia, el Señor Vishnu estaba recostado sobre Ananta-shesha-naga, el rey de todas las serpientes, cuando observó que la superficie del agua centelleaba. El Señor Vishnu se sentó para observar mejor; el océano entero, hasta donde alcanzaba a mirar, se veía ¡como si estuviera cubierto de diamantes!

En la cima del Monte Kailas, el Señor Shiva, absorto en meditación profunda, vio con su tercer ojo que vetas de luz hacían que las montañas de los Himalaya cubiertas de nieve parecieran de oro fundido. Pero ¿de dónde viene esta luz? El Señor podía sentir que esa luz no provenía del sol.

Mientras los dioses veían con asombro esa luz blanca dorada, algo se agitó en su corazón, de hecho, en el corazón universal. Cada uno de ellos era un aspecto del

Absoluto, y el desapego y la templanza eran su naturaleza misma. No obstante, ni *ellos* podían evitar sentirse atraídos hacia esa luz. Era tan pura y tan cálida. Parecía emerger de una fuente que trascendía los cielos y cualquier cosa que uno pudiera encontrar ahí.

El Señor Brahma, el Señor Vishnu y el Señor Shiva se miraron entre sí a través del cosmos de la Conciencia y sonrieron. Esto era lo que habían estado esperando, deseando, *anhelando*.

Ellos eran los creadores, los sustentadores y la fortaleza de todas las madres. Durante eones habían cuidado a las madres otorgándoles bendiciones y beneficios, respondiendo a sus abnegadas plegarias. Empero, los dioses mismos nunca habían experimentado el amor de una madre. En secreto, cada uno había anhelado conocer ese amor, el más puro, el más dulce, ilimitado e incondicional. Porque incluso ellos, de cuya creatividad e inspiración había surgido el universo entero, no podían comprender un amor así.

Infinitamente complacidos, los tres dioses se reunieron en los cielos, y se prepararon para descender a la Tierra. Su anhelo no expresado se había convertido en la plegaria de Devi Anasuya y de Sabio Atri.

Mientras el sol se elevaba en Vindhyaachala, los tres custodios de este mundo aparecieron ante Sabio Atri.

—Oh, el más venerado de todos los sabios —dijeron, sus voces formando un suave eco en el corazón del sabio y a través de los valles que rodeaban el monte Vindhyaachala. —Por favor, abre los ojos.

Los ojos del sabio parpadearon repetidamente. Todo a su alrededor estaba inundado de luz. Gradualmente, pudo distinguir las formas refulgentes de los dioses. Ahí estaba el Señor Brahma en sus ropajes blancos e impolutos, sosteniendo un *japa mala* y su *kamndala*, su recipiente de agua sagrada que contenía el agua fundamental con la que creaba el universo entero al comienzo de cada eón. Ahí estaba el Señor Vishnu, de color azul oscuro, con una

guirnalda de flores *vaijanti* alrededor de su cuello y su chakra *sudarshan* reluciendo en la luz del sol naciente. Y ahí estaba Karunakara, el Señor Shiva, con sus rizos enredados y un tridente brillante en su mano, sus ojos desbordando compasión.

Mirando el fulgor de los tres dioses, Sabio Atri sintió su cuerpo relajarse del cansancio y rigidez de décadas. Se acostó en postración plena, ofreciendo su *sashtang pranam*.

—Estamos muy complacidos con tu austeridad y tus plegarias —dijo el Señor Brahma al tiempo que los tres dioses sonreían al sabio.

El corazón del sabio estaba tan pleno que él apenas podía hablar. Con las palmas juntas, finalmente dijo: —Recibir su *darshan*, contemplar sus gloriosas formas, es mi infinita y buena fortuna. Soy verdaderamente bendecido.

—Estamos aquí para responder a tu plegaria —dijo el Señor Vishnu.

—Vayamos ahora a ver a madre Anasuya —dijo el Señor Shiva.

El monte Vindhya se sentía tan bendecido de que los tres dioses estuvieran en su ser, que abrió un sendero fácil hacia el áshram a través del bosque Chitrakuta. Los árboles del bosque decidieron florecer, y Vayu *devata*, el dios de los vientos, sopló suavemente, perfumando el viaje de Sabio Atri y de los tres dioses con la fragancia de las flores del bosque.

Devi Anasuya ya había sabido por medio de su visión interior que los tres dioses se estaban acercando al áshram con Sabio Atri. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su alegría era infinita. Se vistió con su sari favorito, confeccionado con suave seda de colores rojo y blanco, y empezó a prepararse para recibir a sus distinguidos invitados.

Cuando los tres dioses llegaron al áshram, los saludó amorosamente. Les puso en la frente un *tika* de pasta de *kumkum* y madera de sándalo, y ondeó una charola de *áрати* ante ellos. Adornó a los señores con guirnaldas que había creado con flores frescas de *mogra* (jazmín), que los hacía lucir más apuestos y radiantes. Sus ojos desbordaban amor, afecto y veneración.

Luego de que Devi Anasuya hubo ofrecido esta *puja*, los dioses cruzaron el umbral del áshram pisando primero con su pie derecho, a la manera tradicional. Anasuya dio a cada uno un asiento cómodo y les ofreció agua, fruta fresca y dulces de leche.

Los tres dioses estaban conmovidos por recibir una bienvenida tan gentil. ¡El Señor Vishnu no podía dejar de sonreír! Se puso de pie, tomó la mano de Anasuya, y le pidió que se sentara a su lado.

—Hemos aceptado tu plegaria —dijo a Devi Anasuya una vez que ella hubo tomado asiento. —De hecho, tu plegaria fue siempre nuestro deseo. Siempre hemos anhelado experimentar el amor de una madre como tú.

—Fundiremos nuestras energías y naceremos de madre Anasuya en el tiempo por venir —dijo el Señor Shiva dirigiéndose a Sabio Atri. —La forma que tomemos, como hijo tuyo y de madre Anasuya, servirá al mundo entero y lo enaltecerá.

Y así fue. Varios meses después, en la luna llena de diciembre, Sabio Atri y Devi Anasuya tuvieron un bebé radiante, con tres cabezas que representaban a cada uno de los tres dioses. Fue llamado Dattatreya, “el hijo de Atri, otorgado como un regalo de los dioses”.

Devi Anasuya y Sabio Atri estaban extáticos al tener a Dattatreya como su hijo. Devi Anasuya atendía todas sus necesidades. Lo bañaba, lo vestía y le contaba historias de sabios y santos. Le preparaba sus delicias favoritas —*puris*, *kheer*, *puranpolis*— y lo alimentaba con sus propias manos. Para dormirlo, le cantaba

himnos y cantos sagrados, y siempre estaba ya al lado de bebé Dattatreya antes de que él abriera los ojos en la mañana.

A medida que Dattatreya crecía, Devi Anasuya le enseñaba sobre las maneras del mundo, la esencia de las escrituras y los secretos de la naturaleza. Aunque el Señor Dattatreya era omnisciente, él siempre escuchaba embebido a su madre. El amor de ella, su cuidado y su paciencia eran tales que los dioses que este niño encarnaba olvidaron cómo se sentía estar en el cielo.

El Señor Dattatreya, la encarnación de los tres poderes universales de la creación, sostenimiento y disolución, se convirtió en yogui, el primer *avadhuta* (un ser completamente imperturbable por el mundo material) y la encarnación del principio supremo del Guru. Cuando era joven, dejó el áshram de Devi Anasuya para dar al mundo un sendero hacia la conciencia permanente del Ser. Guru Dattatreya impartió muchas enseñanzas al mundo, incluyendo la escritura *Avadhuta Gita* y los principales preceptos del *ashtanga yoga*.

Como *chiranjivi*, un gran ser que nunca muere, el Señor Dattatreya permanece en este planeta, apareciendo eternamente en diferentes formas para el enaltecimiento de la humanidad. Criado por el amor de su madre, en respuesta a las plegarias de Devi Anasuya y Sabio Atri, el Señor Dattatreya fue, y es, fiel a su nombre. Él es un regalo al mundo entero.

Esta historia está inspirada en la leyenda del nacimiento del Señor Dattatreya, según se cuenta en muchas escrituras, incluido el *Bhagavata Purana*.

